Reliquias de España

Escribe Aniceto Playa

(Continuación)

Lo primero que hace Alfonso El Batallador, al reconquistar la ciudad de Zaragoza, es asistir a los maitines, de la iglesia del Pilar.

Al uso de aquellos tiempos El Batallador repartió la ciudad entre cuatro señores, dando a Don Gastón, Vizconde de Bearne, la parroquia de Nuestra Señora del Pilar. Confírmase por un documento publicado por el Padre Fita: "enero 1142. Carta de confirmación y seguridad que Ramón Berenguer IV, Conde de Barcelona y Príncipe de Aragón, hizo al Prior y Cabildo de Santa María de Zaragoza, a ruego de la Vizcondesa de Bearne, viuda de Gastón IV, sepultada en el cementerio o atrio de dicha Basílica". "El primero de Diciembre de 1135 la Vizcondesa hizo una donación a Santa María de Zaragoza, en sufragio de su llorado esposo, que allí yacía."

En el año 1181, el obispo Torroja donó al culto de la Virgen del Pilar, todos los réditos de la iglesia de Hijar. En 1194, Alfonso II de Aragón, hallándose en Perpiñán consignó en su testamento una manda muy crecida con el mismo fin. Un mes antes de su fallecimiento (1196), otorgó carta de protección y salvaguardia al templo, cabildo, vasallos, bienes y heredades pertenecientes a Santa María de Zaragoza en todos los estados de la Corona de Aragón; y otra de igual tenor, por lo tocante al reino de Navarra, expidió Sancho El Fuerte. Confirmaron el privilegio de Alfonso II, Jaime I y su mujer, Alfonso III y Jaime II.

En el año 1297, trece prelados de distintas nacionalidades, concedieron cuarenta días de indulgencia a todos los fieles que contribuyesen con alguna limosna o algún consejo para procurarla, a la obra del templo del Pilar, que corría grave peligro de arruinarse por su nimia *vetustez y remota antigüedad.*

Hay además en Zaragoza las siguientes iglesias, todas ellas joyas artísticas y verdaderas *Reliquias de España;* son ellas: San Miguel de los Navarros, San Felipe y Santiago, San Ildefonso, Real Capilla de Santa Isabel, Santa Cruz, Nuestra Señora del Portillo, San Juan y San Pedro, Seminario de San Carlos, los de Escolapios, Facetas, Santa Lucía, Comendadoras del Santo Sepulcro, Jerusalén, Santa Inés, Cartuja de la Concepción, Cartuja de "Aula Dei", en las inmediaciones de la ciudad.

Césaraugusta, dominada por paganos, fué la ciudad de Zaragoza. Así lo afirma la tradición y la piadosísima leyenda que relata la llegada del Apóstol Santiago a Zaragoza y la conversión de sus nueve compañeros y discípulos, ante quienes se apareció la Santísima Virgen del Pilar, en aquella noche memorable de fecha 2 de enero del año 40 de Jesucristo y así lo certifican las terribles matanzas de cristianos verificadas en dicha población por orden de los tiránicos Emperadores de Roma. San Atanasio, el compañero y discípulo inseparable de Santiago y primer Obispo de Césaraugusta, fué crucificado sin piedad, por orden de Nerón quien decretó la

primera de las persecuciones contra los cristianos; Teodoro y Epitacio, Obispos también de Zaragoza fueron víctimas del furor de Domiciano; Aarón, Paulo, Marta, Floris, Incracio y otros muchos recibieron el martirio por orden de Trajano y Marco Aurelio. Durante el reinado de Severo recibieron las catacumbas de Cesaraugusta nuevos huéspedes, los que aumentaron en crecido número en tiempos de Maximino, Decio y Valeriano, siendo con ésta, ocho las persecuciones sufridas por los católicos. En virtud del edicto de Aureliano, decretando la novena persecución, sufrieron el martirio, varios millares de inocentes víctimas; pero en tiempo de Dioclesiano se desarrolló la mayor y más terrible de las persecuciones, la cual corrió a cargo del bárbaro y sanguinario Publio Daciano, quien dió principio a su cometido sacrificando a Santa Engracia, joven lusitana, a cuya muerte sucedió la de dieciocho deudos y criados degollados inhumanamente por implorar el perdón de la doncella.

Daciano ordenó luego por pregón que todos los cristianos abandonasen al día siguiente la ciudad y cuando así lo hicieron confiados, en número de diecisiete mil, mandó las tropas cargar contra ellos y sin respetar mujeres, ancianos y niños, todos fueron pasados a cuchillo. Pero esas bárbaras medidas para impedir el avance del naciente cristianismo, no surtieron efecto, éste cada día se extendía más y más, y al invadir los bárbaros la península encontraron que nuestra religión era la dominante en Zaragoza, a pesar de permanecer la ciudad, fiel a los Emperadores de Roma.

En el siglo V empieza para Zaragoza la dominación goda. Ya no bajaban por el río Ebro las barcazas con tinajas de trigo y cebada para surtir la Ciudad Eterna de esos y otros frutos, que quedaban todos en España.

San Isidoro afirma que Zaragoza era en ese tiempo la más ilustre y excelente de todas las ciudades de España, lo cual demuestra que de Césaraugusta no habían desaparecido la cultura e ilustración de Roma, y con ellas las ciencias y las artes; no obstante en Zaragoza sólo dos recuerdos quedan de esos tiempos: un nombre y un monumento, la cripta de la venerada Santa Engracia y el Arco de Toledo.

En el año 714, toma a Zaragoza el caudillo musulmán Musa-ben-Noserir, y en 1118, la reconquista Alfonso I de Aragón. Zaragoza estuvo sometida a la dominación árabe cuatrocientos cuatro años, durante los cuales vivió con religión oficial musulmana, lengua oficial árabe y gobierno dependiente de Damasco, de Córdoba y de un Imán. La entrega de Zaragoza a los árabes fué a condición de que éstos respetarían los templos de Santa María la Mayor, Santa Engracia, Cogullada y Zaragoza la Vieja.

En el año 1516 por testamento del Rey Fernando el Católico, Aragón Sicilia y Nápoles, pasan a poder de su hija Doña Juana, que ya era Reina de Castilla.

La historia de Zaragoza es larga y movida, pero donde hay que admirar a los aragoneses, es en la guerra llamada de la Independencia de Zaragoza junto con Gerona, se inmortalizaron y probaron al amo del mundo de aquel entonces, Emperador Napoleón Bonaparte, que podía ser vencido y efectivamente lo vencieron.

Al recibirse en Zaragoza la noticia de los sucesos del 2 de mayo del año 1808, en Madrid, heredó el pueblo en sus más nobles y arraigados sentimientos, se amotinó, pidiendo armas para defender a la patria y como el capitán general, Jorge Juan Guillelmi, intentara entretener a los amotinados con promesas para ganar tiempo, fué depuesto y preso en el castillo de la Aljafería, mientras el pueblo se apoderaba de las armas y nombraba capitán general a José de Palafox y Melcí, exento de la compañía italiana de Guardias de Corps, que había logrado evadirse de Bayona y acababa de reintegrarse a su país natal con instrucciones de don Fernando, hijo de Carlos IV, para encender la guerra contra el odiado usurpador. Aceptado por aquél el cargo, se comenzó a organizar la gente armada en tercios de diez compañías, de cien hombres cada una, y se dictaron las órdenes más precisas para requisar armas y caballos, impedir la salida de numerario y organizar los principales servicios, nombrando para ello, a personas de suma confianza.

Mientras el pueblo se aprestaba así, a vengar los ultrajes de que habían sido víctimas sus hermanos de Madrid, iban llegando a Zaragoza numerosos voluntarios de los pueblos de las cercanías, soldados fugitivos, procedentes de otros pueblos de la península y hasta compañías enteras de veteranos, que acudían llenos de entusiasmo, al conjuro del patriótico alzamiento, a engrosar las filas de los defensores de la ciudad.

Entre tanto el general francés Lefebre, encargado de sojuzgar la ciudad se presentó ante sus muros. Dueños los franceses de una buena posición y deseando no perder tiempo, formaron tres columnas de ataque, que se lanzaron con gran ímpetu sobre las puertas de Santa Engracia, del Carmen y del Portillo, rotas a cañonazos, siendo recibidos en todas partes con fuego de fusil y cañón, y aunque lograron entrar en la ciudad, fué tal el arrojo con que las acometieron y acosaron por las calles sus defensores, que los franceses se vieron obligados a retirarse con gravísimas pérdidas, replegándose al caer de la tarde a las alturas de Santa Bárbara y Casa Blanca, dejando en poder de los defensores gran cantidad de prisioneros, cañones y multitud de trofeos.

Napoleón, enfurecido por el fracaso de Lefebre, lo destituyó, mandando en su lugar al célebre mariscal Verdier, con gran número de refuerzos y lujoso tren de artillería de sitio.

Dos días después de la llegada de Verdier, aconteció un infausto suceso: voló el polvorín del Seminario, produciendo enormes daños en los edificios y sensibles pérdidas de vidas.

La noche del 30 de junio de 1808, empezó el terrible bombardeo de la ciudad, que duró dos días. Cesado el bombardeo, Verdier ordenó el asalto general, que fué rechazado con enormes pérdidas de vidas por ambos lados. En esta ocasión, soldados y paisanos españoles se cubrieron de gloria, notándose grandes actos de heroísmo, como el célebre realizado por *Agustina de Zaragoza*, en la batería del Portillo, que al notar que la pieza de artille-

ría que guardaba esta puerta, estaba sin sus artilleros por haber sido muertos todos, la valiente mujer arranca la mecha encendida de manos de un artillero muerto y con ella dispara el cañón, el que mató a gran número de franceses, que corrían en dirección de la puerta para tomar posesión de ella.

Los franceses se dedicaron a tomar todas las posiciones de los alrededores de la ciudad y una vez ésta envuelta en un cinturón de hierro, Verdier mandó un parlamentario a Palafox, intimándole a la rendición con estas palabras: *Paz y Capitulación,* a las que respondió el general español con las no menos lacónicas históricas palabras: *Guerra a cuchillo.* Asaltaron los franceses, por todos los puntos de la ciudad y los españoles defendieron sus calles palmo a palmo, con espartano heroísmo. Al llegar la noche pudieron ser sacados los franceses de la ciudad, a costa de enormes sacrificios; pero los franceses también sufrieron gran número de bajas y entre los heridos se encontraban el general en jefe Verdier y su segundo Bazancour.

Renuévase el combate, al día siguiente, con igual encarnizamiento por ambos lados, sin que los franceses lograran adelantar un paso, y aumentando las privaciones de los españoles, por la escasez de víveres, cuando quiso la suerte, que entrara rompiendo el cerco de la ciudad, el marqués de Lazán con un convoy, lo cual enardeció los ánimos de los defensores de Zaragoza. Furtivamente salió de la plaza sitiada el general Palafox con el objeto de reunir fuerzas y atacar por la retaguardia al ejército francés, para obligarlo a levantar el sitio. Desde entonces los franceses empezaron a perder terreno, siendo arrojados de la puerta de El Carmen y viéndose totalmente acorralados por todas partes. Palafox pudo meter a la ciudad otro convoy y en este día feliz se recibieron en Zaragoza las grandes noticias, de la batalla de Bailen y la de la evacuación de Madrid del rey intruso José Bonaparte. Entre tanto los franceses habían desistido de tomar la ciudad por asalto, y se concretaron a su destrucción, bombardéandola cruelmente e incendiando los caseríos de los arrabales, retirándose por fin, dejando numeroso botín de guerra en manos de los españoles.

No tardó Zaragoza en verse sitiada de nuevo a consecuencia de la derrota sufrida por los españoles en Tudela. Después de ella el general Palafox se refugió en Zaragoza, con sus 30,000 hombres y era de prever que los franceses marcharían pronto sobre la ciudad, para vengar la afrenta del primer sitio; y en consecuencia, en los primeros días de noviembre, se trabajó con gran actividad, para poner a la ciudad en estado de defensa, derribando casas y construyendo defensas.

Contaba Zaragoza para hacerle frente a la avalancha que se venía encima, con 32,000 infantes, 1,400 caballos, 1,800 artilleros y 800 soldados de ingenieros y se disponía de 160 piezas de artillería, de las cuales 60 eran de grueso calibre, abandonadas por los franceses al levantar el otro sitio.

Los franceses tomaron bien sus medidas, pues confiesan que jamás lucharon con gente tan obstinada y valiente. Esta vez son tres grandes ejércitos los que caerán sobre Zaragoza, ya en ruinas. Moncey, Suchet y

Mortier, los mariscales de Francia más queridos del Emperador Napoleón, los mandan. Los españoles tienen fe en su general Palafox y en su Capitana *La Pilarica*. En la primera embestida los franceses se apoderan del arrabal.

Palafox puesto personalmente al frente de la caballería, les obliga a retirarse con grandes pérdidas. En los primeros días de enero se empezaron a notar los efectos de la escasez de víveres y la aglomeración de tanta gente en malas condiciones de alojamiento; a pesar de ello se pelea noche y día.

La catástrofe se acerca, llega al campo francés el mariscal Lannes con nuevos refuerzos y nuevos cañones de sitio.

Por fin, estando Zaragoza sin víveres y municiones y sus defensores reducidos a 2,800, la Junta de Gobierno aceptó la capitulación, que fué concedida con todos los honores de guerra. El mariscal Suchet, en su parte oficial dice: "las pérdidas españolas pasaron de 40,000. Durante el sitio la plaza recibió 32,200 disparos de artillería."

Zaragoza supo ganarse el título de *Muy Noble y Muy Heroica,* que con orgullo ostenta.

El patriotismo y la fe en la Virgen del Pilar, hizo a los españoles titanes, que a la par que se inmortalizaron ellos, inmortalizaron a Zaragoza.

Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de Costa Rica

Informe que presenta el Director, de los años 1943-44

San José, 7 de marzo de 1944.

Honorable Señor Rector de la Universidad
Dr. Don José I. Jiménez Núñez.

S. D.

Hon. Señor Rector:

Me es grato rendir a Ud. el informe reglamentario sobre la marcha de la Escuela de Letras y Filosofía, bajo mi dirección, y lo hago a continuación en forma sucinta pero lo más completo posible:

El 8 de marzo se abrió el curso con la siguiente matrícula:
Año III. Historia, 8 alumnos; Filología, 14 alumnos.
Año II. Historia, 11 alumnos; Filología, 10 alumnos.
Año I. Historia, 12 alumnso; Filología, 7 alumnos.
Total de alumnos: 62.

Hubo las siguientes bajas durante el año, debido a enfermedad, cesación de estudios, viaje al exterior, etc.: